pesar de esto, no podemos dejar de traer á la memoria de todos, grandes y pequeños, como ya lo recordó en su tiempo el Papa San Gregorio, la necesidad absoluta de acudir á esta Iglesia para hallar la eterna salud, para alimentarse con la verdad, para andar por el camino de la razón y para conseguir la paz y la ventura aun en esta vida terrena.

Así, pues, diremos, valiéndonos de palabras del Santo Pontífice: "volved vuestros pasos á esta firme roca, sobre la que quiso nuestro Redentor fundar la universal Iglesia, para que los sinceros de corazón no hallen en su camino obstáculos que les extravíen" [1]. Sólo la caridad de la Iglesia y la unión con ella " unen lo dividido, ordenan lo desordenado, templan lo desigual y completan lo imperfecto" (2). En todo tiempo ha de tenerse presente que "nadie puede gobernar con rectitud las cosas terrenas, si no sabe tratar las celestiales, y que la paz de los Estados depende de la universal de la Iglesia" (3). De donde proviene la absoluta necesidad de que haya perfecta armonía entre las dos potestades, eclesiástica y civil, estando llamadas ambas, por voluntad de Dios, á sostenerse mútuamente. Y desde luego "la potestad sobre todos los hombres fué dada por el cielo para auxilio de los que aspiran al bien, para que se ensanche el camino que conduce á la verdadera patria y el reino de la tierra sirva al celestial" [4].

De estos principios provenía la invicta firmeza de ánimo de San Gregorio, que Nos, mediante el favor divino, Nos aplicaremos á imitar, proponiéndonos querer á toda costa la defensa de los derechos y prerrogativas, cuya guarda y vindicación pertenecen al Pontificado romano ante Dios y los hombres. Por lo cual, el mismo San Gregorio escribió á los Patriarcas de Alejandría y Antioquía: "Cuando se trate de los derechos de la Iglesia universal debemos mostrar, aunque sea con la

(1) "Registr.," VIII. 24, ad Sabin. episcop.
(2) Ibid., V, 58 [53], ad Virgil. episcop.
(3) Ibid., V, 37 [20], ad Mauric. Aug.
(4) "Registr.," III, 61 [65], ad Mauric. Aug.

muerte, que el amor á nuestro particular interés no nos mueve á querer nada que redunde en perjuicio del bien común" (1). Y decía al emperador Mauricio: "Quien por ostentación de vanagloria levanta su cerviz contra Dios omnipotente y contra lo establecido por los Padres, no conseguirá, como confío en el mismo omnipotente Dios, que doble ante él mi cerviz, ni aún valiéndose del filo de la espada" [2]. Y al diácono Sabiniano: "Estoy dispuesto á morir antes que consentir que en mis días la Iglesia degenere. Y tu bien sabes que acostumbro á soportar por largo tiempo; pero que si luego me decido á no soportar más, afronto el peligro con ánimo alegre" [3].

Estas máximas fundamentales proponía el Papa San Gregorio, y era atendido. Así fué que por la docilidad de los príncipes y los pueblos á su palabra, el mundo recobraba la verdadera salud y se restituía á la senda de la civilización, tanto mas noble y fecunda en bienes, cuanto mejor se fundaba en los dictámenes inconcusos de la razón y la moral disciplina, y sacaba toda fuerza de la verdad divinamente revelada y de las sentencias del Evangelio.

Mas entonces, aunque rudos, ignorantes y faltos aún de toda cultura, los pueblos tenían ansia de vida, y nadie podía dársela sino Cristo Jesús por medio de la Iglesia: "Yo he venido para que tengan vida y la tengan con más abundancia" [4]. Y, verdaderamente, tuvieron vida y, verdaderamente, la tuvieron en abundancia, por que no pudiendo venir de la Iglesia otra vida sino la sobrenatural de las almas, todas las otras fuerzas de la vida, aun las que meramente pertenecen al orden natural, se resumen y aumentan en aquella. "Si es santa la raíz, también las ramas son santas," decía San Pablo al pueblo gentil: "y tú que no eres más que un acebuche, has sido ingertado en lugar de ellas y hecho participante de la

[1] "Registr.", V. 41 (43).
[2] Ibid., V, 37 (20).
[3] Ibid., V, (IV, 47).
[4] San Juan, X, 10.

cia en la laboriosidad, el reproche que lanzaba San Pablo contra los que de las cosas terrenas no se levantan á aquellas otras que se ocultan á su mirada: «Devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazon lleno de tinieblas, y mientras se jactaban de saber, pararon en necios» (1) Y, á la verdad, no otra cosa más que necio debe decirse aquel que consume toda la fuerza de su entendimiento en edificar sobre arena.

Ni son menos deplorables los daños que de aquella negación reciben la vida moral de los individuos y la de la sociedad civil. Supuesto el principio de que sobre el mundo visible no existe nada de divino, ya no queda fuerza alguna que refrene la indisciplina ni siquiera de las pasiones más bajas y viles, con que, esclavizados los ánimos, se arrojan á cometer desórdenes de toda especie. "Por lo cual les abandonó Dios á los deseos de su corazón, á los vicios de su impureza, en tanto grado que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos." (2). Bien véis, Venerables Hermanos, cómo triunfa en todas partes la peste de las malas constumbres y cómo, donde no acude á buscar auxilio en el orden sobrenatural, la autoridad civil resulta incapaz de contenerla. Y aun será también incapaz de poner remedio á los otros males, si olvida, ó niega, que toda autoridad viene de Dios. En este caso, el único resorte de gobierno es la fuerza, la cual ni se puede emplear constantemente, ni siempre se tiene á mano. Mas el pueblo viene padeciendo como un oculto malestar: enójase de todo; proclama el derecho de imponer su voluntad; fomenta la rebelión; suscita revoluciones, à veces violentísimas, en los Estados; subvierte todo derecho humano y divino. Prescindiéndose de Dios, todo respecto á las leyes civiles, todo miramiento con las instituciones, aun las más necesarias, viene á menos: se hace caso omiso de la justicia; se pisotea aun la misma libertad que nace del derecho natural y se llega hasta destruir el vínculo de la familia, que es el inconcuso y primer fundamento

[1] Romanos, I, 21 y 22. (2) Romanos, I, 24.

del vínculo social. De donde se sigue que en este nuestro tiempo, enemigo de Cristo, sea más difícil aplicar los poderosos remedios que el Redentor puso en manos de la Iglesia para que matenga á los pueblos dentro de los límites del deber.

Y, sin embargo, no hay salvación para el mundo fuera de Cristo, "pues no se ha dado á los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos" [1]. Así, pues, conviene volver á Cristo. A sus pies conviene postrarse de nuevo para oir de su boca divina palabras de vida eterna, porque sólo El puede señalarnos el camino de la regeneración, sólo El puede enseñarnos la verdad, sólo El restituirnos á la vida. El mismo dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida" (2). Se ha intentado nuevamente prescindir de El en las acciones; se ha comenzado un edificio deshechando la piedra angular, como decía San Pedro de los que crucificaron á Cristo; mas sucede que se hunde la recién fabricada mole, y cae sobre la cabeza de los que la edificaban, y les destroza, mientras Cristo Jesús permanece siendo, como siempre, la piedra angular de la sociedad humana, con que de nuevo se palpa que fuera de El no hay salvación. "Este es aquella piedra que vosotros rechazásteis al edificar, la cual ha venido á ser la principal piedra del ángulo; fuera de El no hay que buscar la salvación" (3).

Fácilmente sacaréis de todo esto, Venerables Hermanos, con cuánto apremio estamos todos obligados á procurar con toda la energía de nuestro ánimo y por todos los medios que podamos disponer, que, la vida sobrenatural aparezca de nuevo en todas las clases sociales, así en los pobres jornaleros, que sudan desde la mañana hasta la tarde para ganar un pedazo de pan, como en los poderosos de la tierra, que rigen los destinos de las naciones; para lo cual ha de acudirse, sobre todo, al recurso de la oración pública y privada, implorando la miseri-

(1) Hechos, IV, 12.
[2] San Juan, XIV, 6.
[3] Hechos, IV, 11 y 12.

cordia del Señor y su potente auxilio. "Señor, sálvanos, que perecemos," [1] hemos de repetir, como los Apóstoles consternados por la tempestad.

Mas esto no es bastante, San Gregorio hacía cargos al Obispo que, aun cuando fuere por amor del espiritual aislamiento y la oración, no sale al campo á luchar denodadamente por la causa de Cristo. "Carece en él de sentido el nombre de Obispo que lleva", decía San Gregorio. (2).

Y con todo derecho; por lo cual conviene iluminar los entendimientos con la continua predicación de la verdad, rebatiendo eficazmente los errores con la exposición de los principios de la filosofía y teología verdaderas, y con cuantos argumentos suministra el genuino progreso de la investigación histórica. Aun es todavía más importante inculcar de la manera debida en la mente de todos las máximas morales que Cristo enseñó, para que sepa cada cual vencerse á sí propio, enfrenar las pasiones, abatir el orgullo, someterse á la autoridad, amar la justicia, ejercitar la caridad con todos, suavizar con el amor cristiano las amargas desigualdades sociales, apartar el corazón de los bienes terrenos, vivir contento en el estado que la Providencia nos depare, buscando en él la mejora por el cumplimiento de las propias obligaciones, y anhelar por la vida futura en la esperanza del premio eterno. Mas, sobre todo, es necesario que estos principios se insinúen y penetren en el corazón, para que la verdadera y sólida piedad eche allí profundas raíces y, como hombres y como cristianos, todos reconozcan, no sólo de palabra, sino con las obras, sus propias obligaciones, y acudan con filial confianza á la Iglesia y á sus ministros para obtener de ellos el perdón de las culpas, recibir la gracia santificante de los sacramentos y ordenar de nuevo la vida conforme á las leyes cristianas.

Con este principalísimo deber del ministerio espiri-

(1) San Mateo, VIII. 25.

(2) Registr., VI, 63 [30]. Cf. "Regul. past.," 1, 5.

cual necesario unir la caridad de Cristo, alentados por lo cual no hay afligido á quien no consolemos, ni lágrimas que no sequemos, ni necesidad que no socorramos. Consagrémonos enteramente al ejercicio de esta caridad; cedan ante ella por completo todas nuestras cosas, pospónganse á ella todos nuestros personales intereses y la propia comodidad haciéndonos "todos para todos." (1) para ganarlos á todos en el Señor, sacrificando nuestra misma vida, á ejemplo de Cristo, que así lo exige á los pastores de la Iglesia: "El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas" (2).

Abundan estos preciosos avisos en las páginas que dejó escritas el Papa San Gregorio; pero aun se declaran con fuerza harto mayor en los múltiples ejemplos de su admirable vida.

Pero como todas estas cosas se siguen necesariamente de la naturaleza de los principios de la revelación cristiana y de las condiciones intrínsecas que debe tener nuestro apostolado, claramente veis, Venerables Hermanos, cuánto se engañan los que piensan servir á la Iglesia y trabajar en la salud de las almas cuando, movidos por cierta prudencia de la carne, hacen amplias concesiones á la ciencia que falsamente usa tal nombre, forjándose la funesta ilusión de que así ganarán mejor á los que yerran, cuando en realidad se ponen en constante riesgo de perderse á sí mismos. La verdad es una y no puede dividirse, sino que perdura eternamente y no se halla sujeta á las vicisitudes de los tiempos. "Jesucristo, el mismo que ayer es hoy y lo será por los siglos." (3).

Y también se engañan gravemente los que, ocupándose del bien público, sobre todo sosteniendo la causa de las clases inferiores, antepone á cualquiera otra cosa el bienestar material del cuerpo y de la vida, callando acerca del bien espiritual y de los deberes rigurosísimos que impone la obligación de cristianos. No se aver-

(1) I á los Corintios, IX 22,

(2) San Juan, X. 11.

(3) Hebreos, XIII, 9.

savia que sube de la raíz del olivo." [1].

Mas aunque el mundo goza tan abundantemente de las luces de la civilización cristiana, que de ningún modo puede compararse su estado actual con el que tenía en tiempo de San Gregorio, parece que le enoja en en nuestra época la vida que es fuente principal, y á veces única, de copiosos bienes, no solo en los antiguos, sino en nuestros mismos días. Ni solamente al brotar las herejías ó el cisma, como pasaba en otras edades, se desgaja el mundo del tronco, cual rama inútil, sino que pone la segur en la primera raíz del arbol, que es la Iglesia, y se esfuerza por sacar la savia vital, para que su ruina sea más cierta y no vuelva á germinar nunca.

En este, que es el máximo error de nuestro tiempo, y del cual dimanan todos los demás, está la causa de que tantos hombres pierdan la eterna salvación y de que, en materias religiosas, sobrevengan tantas ruinas, como lamentamos, y aun otras muchas que deben temerse como no se ponga remedio. Se niega todo orden sobrenatural; se niega la intervención divina en el orden de la creación y en el gobierno del mundo, y se niega la posibilidad del milagro; quitado lo cual, es necesario destruir los fundamentos de la religion cristiana. Se impugnan hasta los argumentos que demuestran la existencia de Dios, negando, con inaudita temeridad y ofensa de los primeros principios de la razón, la fuerza incontrastable de la prueba que de los efectos sube á la causa, que es Dios, y á la noción de sus atributos infinitos. "Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas" (2). Así se da entrada á otros errores gravísimos, tan opuestos á la recta razón, como perniciosos para las buenas costumbres.

En efecto, la gratuita negación del principio sobrenatural, propia de "la ciencia que falsamente se llama cien-

[1] Romanos, XI, 16 y 17. [2] Romanos, I, 20.

cia,» (1) se convierte en postulado de cierta crítica histórica, igualmente falsa. Todo cuanto se refiere de algun modo al orden sobrenatural, porque pertenece á ese orden, porque lo constituye, porque lo presupone, ó porque sólo en él halla explicación, se arranca sin más examen de las páginas de la Historia. Así se hace con la divinidad de Jesucristo, su encarnación por obra del Espíritu Santo, su resurrección por su propia virtud, y, en general, con todos los dogmas de nuestra fé. Tomando la ciencia por tan extraviado camino, no hay ya principio de crítica que la contenga, y borra caprichosamente de los sagrados Libros todo cuanto la desagrada, ó cree opuesto á la tesis preestablecida que intenta demostrar. Suprimido el orden sobrenatural, la historia de los orígenes de la Iglesia ha de levantarse sobre otro fundamento, por lo cual los novadores revuelven á su talante los monumentos de la Historia, haciéndoles decir lo que quieren, y no lo que sus autores se propusieron.

Y pasa á muchos que, víctimas del aparato extraordinario de erudición que se les muestra, ó de la fuerza, en apariencia convincente, de las pruebas que se les aducen, pierden la fe, ó gravemente vacilan en ella. Otros hay que, constantes en la fe, acusan de demoledora la ciencia crítica, aun cuando de suyo es inocente y, rectamente aplicada, constituye un elemento seguro de investigación. Ni los unos ni los otros se fijan en que parten de un punto falso, á saber, de la ciencia que falsamente se llama tal, que lógicamente les conduce á consecuencias igualmente falsas. Establecido un falso principio filosófico, todo queda viciado; por lo cual la refutación de tales errores no será nunca eficaz mientras no se cambie de posiciones, es decir, mientras los combatientes no abandonen el campo crítico, donde se creen atrincherados, por el verdadero campo de la filosofía, cuyo abandono les ha llevado al error.

Mas entretanto, doloroso deber es aplicar á los hombres, no faltos de agudeza de entendimiento y constan-

[1] I á Timoteo. VI, 20.